



«Nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti» – San Agustín, *Confesiones*.

Introducción: Un mundo herido de sentido

Vivimos en una época que podría describirse con una sola palabra: *vacío*. No vacío físico, sino espiritual. Es el vacío del alma humana que ya no sabe quién es, de dónde viene ni hacia dónde va. Es la desolación silenciosa del hombre moderno que, aunque rodeado de tecnología, ruido y estímulos, se siente solo, fragmentado, desconectado. En esta cultura líquida, como la llamaba Zygmunt Bauman, muchos buscan respuestas en las ideologías, en los movimientos sociales, en las emociones del momento o incluso en la negación de todo. Pero el vacío permanece.

En este abismo se alzan dos figuras históricas que influyeron profundamente en la demolición del sentido trascendente: **Friedrich Nietzsche** y **Karl Marx**. Ambos, desde sus perspectivas filosóficas y políticas, contribuyeron a sembrar una semilla de ruptura: la negación de Dios como centro del cosmos y del hombre como criatura creada para el infinito.

Hoy, ese legado fermentado ha dado a luz lo que podríamos llamar el vacío posmoderno. Y sólo **Cristo**, el Logos encarnado, puede llenar este abismo. Este artículo quiere recorrer contigo ese camino: desde la herida de Nietzsche y Marx hasta la respuesta eterna y siempre nueva que nos ofrece el Evangelio.

1. Nietzsche: La muerte de Dios y el grito del nihilismo

Friedrich Nietzsche (1844-1900) fue, sin duda, uno de los grandes provocadores del pensamiento moderno. Su célebre frase “**Dios ha muerto**” no era tanto un triunfo como un lamento. En su obra *La Gaya Ciencia*, escribe:

“Dios ha muerto. Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado.
¿Cómo podremos consolarnos, los asesinos de todos los asesinos?”

Nietzsche percibió con lucidez que la civilización occidental había dejado de creer de verdad



en Dios. Lo que antes daba sentido, moral, orden y finalidad a la vida, ahora era percibido como una construcción humana. Al eliminar a Dios del horizonte, lo que quedaba era el **nihilismo**, el vacío, la falta total de sentido.

Su respuesta fue el **superhombre**, el individuo que se autoconstruye, que crea sus propios valores y vive más allá del bien y del mal. Pero ¿es esto libertad real? En el fondo, es una soledad desgarradora.

Teológicamente, el drama de Nietzsche es el drama de la creatura que se ha desconectado de su Creador. Es la repetición del pecado original: «seréis como dioses» (Génesis 3,5), una ilusión de autonomía total que termina siempre en esclavitud.

2. Marx: La religión como opio y la fe desplazada

Karl Marx (1818-1883), padre del materialismo histórico y del comunismo, veía la religión no como una verdad, sino como un instrumento de control. En su famosa frase, dijo:

| *“La religión es el opio del pueblo.”*

Para Marx, la religión era una ilusión que adormecía las conciencias, mantenía a los oprimidos en su lugar y obstaculizaba la revolución social. El paraíso ya no estaba en el cielo, sino que debía construirse aquí, mediante la lucha de clases, la abolición de la propiedad privada y la desaparición del Estado.

El problema teológico de fondo es que Marx desplazó la **esperanza teologal**, una de las virtudes más nobles del alma cristiana, y la reemplazó por una esperanza terrenal. Pero todo intento humano de instaurar el Reino sin el Rey termina en totalitarismo, como nos lo enseña la historia del siglo XX: gulags, campos de concentración, censura, muerte de millones.

La **doctrina social de la Iglesia**, en cambio, sí reconoce la necesidad de justicia social, pero desde la dignidad inalienable del ser humano creado a imagen de Dios y desde la caridad, no desde la lucha. Pío XI lo expresó con claridad en su encíclica *Quadragesimo Anno* (1931): *“El comunismo es intrínsecamente perverso y nadie que quiera salvar la civilización cristiana puede colaborar con él en ningún terreno.”*



3. La posmodernidad: El hijo huérfano de la modernidad

Hoy, después del fracaso de muchas ideologías, el mundo no ha regresado a Dios, sino que ha profundizado el **vacío posmoderno**. Es una época marcada por:

- El relativismo: “Nada es verdadero para todos.”
- El subjetivismo: “Lo que importa es cómo me siento.”
- El hedonismo: “El placer es el único bien.”
- La fragmentación: ya no hay grandes relatos ni propósito común.
- El individualismo extremo: “Tú eres tu propio proyecto.”

Vivimos una especie de «ateísmo práctico»: no se niega a Dios con palabras, pero se vive como si no existiera. Este es el terreno donde germinan la ansiedad, la depresión, la soledad, la apatía y el suicidio.

El **papa Benedicto XVI** diagnosticó esta situación con lucidez: *“Una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus caprichos.”*

4. Sólo Cristo llena el abismo

Y aquí entra **Cristo**, no como una teoría, sino como Persona viva. Él no vino a darnos una nueva ideología, sino a **revelarnos el rostro del Padre** y a restaurar nuestra vocación divina. Él mismo dijo:

“Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí.” (Juan 14,6)

Frente al vacío, Cristo es **plenitud**. Frente al nihilismo, Él es **sentido**. Frente a la ideología, Él es **Verdad encarnada**. Frente al egoísmo posmoderno, Él es **entrega total**.

Teológicamente, sólo en Cristo encontramos:



- La verdad sobre Dios: no un ser lejano, sino un Padre amoroso.
- La verdad sobre el hombre: criatura amada, redimida, llamada a la eternidad.
- El sentido del sufrimiento: no como absurdo, sino como participación en la cruz que redime.
- La esperanza del cielo: no como evasión, sino como plenitud definitiva.

San Pablo lo proclamaba con fuerza:

“Porque en Él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrenas, visibles e invisibles... todo fue creado por Él y para Él. Y Él es anterior a todo, y todo subsiste en Él.” (Colosenses 1,16-17)

5. Aplicaciones prácticas para la vida diaria

¿Cómo llenar el abismo que Nietzsche y Marx ayudaron a cavar en el alma moderna? ¿Cómo vivir desde Cristo en medio del vacío posmoderno? Aquí algunas claves espirituales y pastorales:

a) Redescubrir el silencio y la oración

En un mundo saturado de ruido, el silencio es el lugar donde Dios habla. La oración personal, la adoración eucarística, el rosario, la liturgia bien vivida... todo esto reordena el alma.

b) Recuperar la comunidad

La Iglesia es **comunidad de salvación**, no proyecto individual. Busca grupos, comunidades, amistades cristianas donde compartir la fe y la vida.

c) Formarse en la fe

El vacío también se llena de ignorancia. Leer el Evangelio, el Catecismo, grandes santos y doctores de la Iglesia. Conocer la verdad para vivirla con libertad.



d) Vivir la caridad

La posmodernidad nos vuelve indiferentes. Pero Cristo nos llama a amar activamente: al necesitado, al que sufre, al que piensa distinto. La caridad es el rostro más creíble del cristianismo.

e) Testimoniar con alegría

En un mundo desesperanzado, el cristiano está llamado a irradiar una alegría que no depende de las circunstancias, porque tiene su fuente en Dios.

Conclusión: Sólo en Cristo, plenitud de vida

Nietzsche y Marx fueron profetas de un mundo sin Dios. Su voz sigue resonando en la cultura de hoy. Pero también resuena otra voz, más antigua y eterna, la del Buen Pastor:

“Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.”
(Juan 10,10)

Ese es el único camino que llena el abismo. No con teorías, no con utopías, sino con una Persona: **Jesucristo**.

No temas al vacío. Atrévete a entrar en él con Cristo. Porque donde todo se derrumba, **Él permanece**.

«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.» (Juan 6,68)